

## **Meridiano ausente.**

Extranjería, intemperie y pertenencia en la cultura política rioplatense

### FIRST DRAFT

La inconmensurabilidad entre percepción y conocimiento me parece la cuestión más relevante en la filosofía política europea de los últimos años. A pesar de la variedad de planteos, desde Raymond Aron (1905-1983) a Leo Strauss (1899-1973) y desde Paolo Virno (1952) a Alain Badiou (1937), por citar algunos ejemplos a caso, la problemática acerca de *lo político* gira en torno a este centro de gravedad (véase por ejemplo Aron, 1997; Strauss, 1988; Strauss/Cropsey, 1987; Virno 1994 y 1999; Badiou, 1988 y 2005). Sin embargo, aquello que me parece aún más interesante —menos que los desarrollos teóricos o históricos— es observar dicha situación en contextos sociales determinados y, sobre todo, en áreas coloniales o marginales de los centros culturales dominantes, como por ejemplo en el Río de la Plata.

Existe a vista del analista ajeno al ambiente rioplatense un elemento que a menudo escapa a la percepción de los autores y críticos locales: la cultura rioplatense es percibida por los extranjeros como una paradoja o, en muchos casos, como una serie de paradojas. Y ello resulta relevante menos por los auspicios intelectuales que podría generar que por el negativo resultado práctico que produce. En este sentido el visitante extranjero no comprende por qué en el Río de la Plata la expresión “no entiendo” es mala palabra y ha sido erradicada del léxico intelectual y político —incluso la ausencia de distinción pública entre

“entender” y “comprender” me parece forma parte de esta misma cuestión. Más aún, la paradoja central de la cultura local, entre un pensamiento que se pretende universal y un lenguaje desarrollado en clave, no da lugar a la existencia de un otro, de una alteridad cultural.<sup>1</sup> Nada más paradójico que el remarcable *background* enciclopédico de innumerables autores locales y, sin embargo, la limitada apertura epistemológica y lingüística —es como si los términos de esta relación funcionasen de manera inversamente proporcional. Y también es paradójico —y no menos sintomático— que ello suceda en un ambiente donde las teorías psicoanalíticas han obtenido un desarrollo tal que ya son parte de aquello que podríamos indicar como el imaginario cotidiano.

Y es a partir de esta condición cultural paradójica que planteos como los del autor francés Jean-Francois Lyotard (1924-1998) (véase por ejemplo Lyotard, 1983) —o ciertos esquemas filosóficos como los del norteamericano Richard Rorty (1931-2007) (véase por ejemplo Rorty, 1989 y 2007)— se explica tengan tanto predicamento académico y que autores e intelectuales locales se sientan tan familiarizados con los mismos. Sin embargo, hay un paradoja también en ello: la afinidad no es argumentativa sino sociológica. Aquello que el observador extranjero encuentra paradójico es que los autores e intelectuales locales indican como afinidades o disensos intelectuales y culturales, respecto de los autores europeos, elementos que sus pares extranjeros no consideran como culturales sino como sociológicos o políticos. Y la mayor paradoja es que, en este contexto, no pocos autores folklóricos europeos hallan eco y suceso entre políticos e intelectuales locales. El caso del italiano Antonio Negri (1933) me parece uno de los más ilustrativos. La

---

<sup>1</sup> Es curioso que este mismo mecanismo es aquello que localmente se asigna como la definición cultural más frecuente de “imperialismo”. Algo que se atribuye a un “afuera” siempre remoto.

“visibilidad” y prestigio de Negri en el ámbito rioplatense viene primero por la posición de extranjero que tiene y luego por los argumentos que esgrime, pero lo paradójico es que dicha posición es ficticia y no existe en *términos europeos*, más bien el contrario: gran parte de la reputación académica europea y norteamericana de Negri se debe, paradójicamente, a su suceso en áreas marginales del mercado académico y editorial como el Río de la Plata o, mejor dicho, debido al lugar que áreas marginales ocupan en su desarrollos y argumentos (véase por ejemplo Negri/Hardt, 2000).

Aquello que me parece paradójico entonces, en gran número de dirigentes Estatales, analistas e intelectuales rioplatenses, es el hecho que cuanto más cercanos e imbuídos del mundo se sienten, más lejos e incomprensibles resultan para el observador extranjero. En este sentido, la incapacidad de los mismos para explicar la situación local e inmediata, a individuos que no participan de la vida cotidiana local, es legendaria. Peor aún, no son pocos quienes aún, ante preguntas del observador extranjero, responden con convencimiento de que hay cosas que sólo pueden entender “quienes viven allí”, sonrisa final incluida, o, más común todavía, la respuesta es realizada en un jergo y con una serie de alusiones incomprensibles para el lector no familiarizado, lo cual al final produce el mismo efecto. En un mundo donde todo es traducido, comentado, trasladado, revendido y exhibido en televisión, una actitud semejante aparece como un signo no desmentible de incapacidad intelectual o, en el más voluntarioso de los casos, como una inapelable confesión de incredulidad.

Y es muy fácil continuar en esta línea argumentativa y concluir resaltando el paradójico aislamiento cultural en que la cultura rioplatense se encuentra en este momento aparente de total apertura a los mercados, las academias, las lenguas y los recursos tecnológicos de todo tipo. Más

aún, sería inevitable en esta hipotética conclusión referir el hecho que nunca la cultura rioplatense ha viajado tanto y, sin embargo, nunca ha sido tan incapaz de expresarse a sí misma sin recurrir a parámetros ajenos. Sin embargo, no es éste el propósito último de este escrito. Más interesante que este camino previsto me parece que es observar esta condición cultural paradójica respecto de la presente situación política y de administración Estatal local.

Pasar desapercibido públicamente y ser notado sólo por los dichos o afirmaciones es un perfil que durante años el *Foreign Office* británico ha considerado como el requisito mínimo de todo funcionario que opera en el extranjero. Ello no tiene que ver con una cuestión de decoro o de principios éticos, como algunos analistas todavía creen, sino con un simple cálculo de reducir los costos políticos de un gobierno, ya que errores cometidos en el extranjero por lo general *cuestan más tiempo y dinero* a cualquier administración Estatal. Este simple principio ha estado ausente por décadas de las sucesivas administraciones Estatales argentinas, por ello asombra que la prensa y los analistas locales no hayan notado la diferencia argumentativa y de *performance* que en este sentido la administración llevada adelante por Néstor Kirchner (2003-2007) representó respecto de gestiones anteriores. No se trata claro está de una evaluación ideológica o moral sino de situar a los dichos y a las figuras en un contexto más amplio y genérico. ¿Por qué no comparar por ejemplo los discursos de M. Juárez Celman (1844-1909) y del mismo J. D. Perón (1895-1974) acerca de similares argumentos (endeudamiento externo, deuda pública) en lugar de perderse en la historia reciente o en divagaciones acerca de la idea de crisis?

El discurso reciente ante las Naciones Unidas (septiembre 2007) de “K” —como le llaman localmente al presidente algunos medios— constituye un paradigma casi perfecto de esto que tratamos de exponer,

no sólo por el estilo, la estrategia y los dichos, sino también por la estética puesta en pie —y no sólo en este discurso, sino también en otros, como por ejemplo el ofrecido en diciembre de 2005 con motivo de la deuda externa. No se trata claro está de evaluar una administración Estatal por los dichos de un presidente sino de construir un *lugar de enunciación* y ver cómo funciona en un contexto histórico, social e internacional. El contexto construido aquí fue coherente, al menos en su relación con los medios de prensa y difusión: los “problemas” locales se postulaban y enunciaban a nivel local, mientras que para “afuera” se desarrolló una narrativa diversa, un estilo narrativo destinado a extranjeros. Éste es el aspecto que me parece diverso, mejor dicho, que durante la administración Kirchner se desarrolló de manera más coherente.

En este sentido, y aunque parezca increíble a los lectores, la vestimenta es también un lenguaje internacional. Los trajes cruzados y a rayas, generalmente de telas mezcladas de Carlos Menem (1989-1999), contrastan con los trajes oscuros, rectos y de telas clásicas que endosa Kirchner. Zapatos de hevilla son impropios (recuérdese por el ejemplo al Ministro Manzano), zapatos con cordones son políticamente correctos —cualquiera que haya asistido a foros internacionales sabe esto: no es una cuestión de si “está mal o bien”, es un lenguaje del medio y como tal es empleado por todo el mundo, sean asiáticos, africanos o europeos. Lo cual, claro, no quiere decir que todo el mundo utilice zapatos con cordones, todo el mundo utiliza los zapatos (y otros elementos de la vestimenta) para dar un mensaje: ésa es la cuestión. Y éste es justamente el aspecto que me parece destacable: la administración Kirchner sabía esto, al menos podía dar cuenta de la existencia de un lenguaje simbólico. Menem al igual que otros mandatarios y militares anteriores lo ignoraba

o, en el mejor de los casos, no era capaz de emplear dicho lenguaje a su favor.

Algunos analistas locales han ya destacado que los eventos del año 2001 no sólo representaban una crisis económica sino también una crisis de legitimidad del sistema político y, en particular, una pérdida de representatividad de los funcionarios y dirigentes del Estado (véase por ejemplo Landi, 2002; Portantiero, 2002; De Ipola, 2003). La ausencia de legitimidad obviamente no se encuentra en los libros de Max Weber (1864-1920) (véase por ejemplo Weber, 1922) sino en la falta de expectativa de los individuos. Y, más relevante aún, la incapacidad histórica para distinguir el sistema político del aparato del Estado y de sus dirigentes y burocracia explica en gran medida esta observación en donde el aspecto financiero arrastra el esquema de gobernabilidad en su conjunto —lo cual, por otra parte, es también hoy una tendencia mundial (véase por ejemplo Rifkin, 1996). Sin embargo aquello que distingue la situación local es que los eventos del año 2001 acentuaron aún más —incluso extremaron— la percepción local de que el Estado ha literalmente cesado de existir y ha sido reemplazado por el grupo dirigente que lo administra. Esto explica, por ejemplo, la ligereza y facilidad con que Kirchner ha sido acusado de estalinista o asociado con la figura de Adolf Hitler.<sup>2</sup> Para el observador extranjero no deja de asombrar la extrema diferencia que esta situación expone: la sensibilidad que el anterior presidente Carlos Menem expresaba ante la más mínima crítica a su gestión parece estar en relación inversamente proporcional a la facilidad con que dirigentes, periodistas y ciudadanos de a pie critican

---

<sup>2</sup> Similar a ellos —y como forma más elaborada— del mismo mecanismo, se puede observar y leer a diario noticias tales como “El kirchnerista que atropelló a 24 personas” o el “ex funcionario kirchnerista acusado de...”, como si la filiación política fuese más importante que la responsabilidad civil o penal de un individuo en tanto ciudadano.

la presente administración y la figura presidencial. Y aquello que también parece paradójico es que para el observador extranjero el actual presidente fue el único dirigente hábil lo suficiente para sostenerse en medio de la debacle generada a partir de los eventos del año 2001. Para el observador extranjero no deja de asombrar la ausencia de aceptación que los analistas y políticos locales demuestran ante el hecho que Kirchner, bajo estas condiciones de colapso, fue capaz de reunir un grupo de colaboradores, instrumentar un plan de acción mínimo y, más desconcertante aún, negociar y de alguna manera resolver el problema de la deuda externa, algo que se consideraba de muy difícil resolución y que hacía más de 30 años que jaqueaba sin interrupción la clase política local. En este sentido, Kirchner y sus colaboradores son escuchados en los foros internacionales de una manera como hacía tiempo no sucedía —y la frecuencia con que aparecen en la prensa internacional —financiera o no— constituye un indicio de ello —además de una confirmación de la estrategia antes mencionada. Incluso en la indicada intervención ante las Naciones Unidas Kirchner se dió el lujo —y supongo que el gusto— de criticar la política de derechos humanos de terceros países desde un punto de vista jurídico, similar a como con anterioridad, estadísticas en la mano, había criticado el Fondo Monetario Internacional, cosa que ningún mandatario argentino había realizado con anterioridad, y tal vez por ello dicho evento en la ONU mereció el comentario y la atención editorial de medios financieros como *The Economist*, tradicionalmente hostiles a políticas autónomas en el tercer mundo.

Y es aquí, en esta ausencia de explicación y sensibilidad que el observador extranjero encuentra a nivel local, donde me parece pertinente destacar una condición histórica ya comentada por autores locales como E. Martínez Estrada (1895-1964) y J. L. Borges (1899-1986): la cultura social local, los elementos más relevantes que hacen a eso que los

sociólogos llaman el *socius* de una comunidad, son en el ambiente rioplatense actual el odio y el resentimiento. Sociólogos como Zigmund Bauman (1925), pensadores como Elias Canetti (1905-1994) y filósofos como Norbert Elias (1897-1990), entre otros autores europeos y Occidentales, han ya destacado cómo, contrariamente a lo sostenido por las teorías sociales clásicas, el odio y el resentimiento son *también* elementos aglutinantes y atávicos en una comunidad. Pocos sitios como el actual Río de la Plata constituyen un ejemplo incontestable de esta condición social. Es curioso ver cómo, en este sentido, analistas y críticos literarios extranjeros, han considerado el verso de Borges, donde se sugiere que no “nos une el amor sino el espanto” (*El otro, el mismo*, 1964), como una expresión fantástica de horror, cuando en realidad es una norma de vida cotidiana —y ahí es donde pensamos que Borges, como algunos otros autores, tenía una gran sentido del humor o era un cínico total.

La disolución de la clase política local es evidente, y ello también explica en parte el comportamiento *destrutivo* que Martínez Estrada ya avizoraba en las luchas fratricidas del siglo XIX e incluso en el mismo peronismo: aquello que no puede ser dominado o controlado debe ser destruido. La construcción y dirección de la comunidad importa menos que la prevalencia del grupo. Elias Canetti ha ya desarrollado este argumento con lucidez en *Masa y poder* (1960). Borges lo expresaba a su manera: Argentina es una suma de individualidades, “el argentino es un individuo, no un ciudadano” (*Otras inquisiciones*, 1952). Sin embargo aquello que resulta novedoso en la actualidad es que esta disolución política incluya la debacle de las administraciones pública nacionales y provinciales. Y aquí no me refiero a una cuestión de corrupción sino a la total ausencia de una alternativa práctica y regulada al malfuncionamiento administrativo del Estado. Nuevamente aquí asombra



al observador extranjero la poca atención que se presta a este hecho, incluso más aún destaca que autores que con seriedad se han ocupado del argumento, como Mario O'Donnell (1982) o Oscar Oslack (1985), por citar dos ejemplos a caso, tampoco consideren esta ausencia total de practicidad como un elemento destacable. Los debates acerca de modelos administrativos posibles o acerca de las razones o motivos de la corrupción generalizada no conducen sino a una situación auto-referencial y bizantina. La Universidad de Buenos Aires, en cuanto órgano Estatal, me parece en este sentido el ejemplo casi perfecto de esta situación de *no man's land*, de debacle operativa y de ausencia de un futuro inmediato en sentido práctico. Claro está, no nos referimos aquí a una cuestión de existencia en sentido estricto: obviamente la Universidad de Buenos Aires seguirá operando. Aquello que sin embargo aquí interesa es el hecho de la pérdida de legitimidad, la devaluación generalizada del rol que ocupa en la sociedad y la creciente *balcanización* de la misma. En una situación remota e hipotética de dictadura, a ningún militar local se le ocurriría en la actualidad, a diferencia de lo que sucediera 30 o 40 años antes, perder el tiempo en cerrar la universidad o perseguir a quienes la ocupan. Los coletazos y arrebatos policiales que aún afectan a la misma —tan ciertos como actuales— no son sino la excepción patética que confirma esta situación general de irrelevancia. El poder financiero o simbólico de la Universidad —en tanto administración pública y del Estado— es en la actualidad nulo. La Universidad se ha convertido en un mero *campo de detención y demora social*.

Y he aquí un cambio significativo que los observadores locales no parecen haber sopesado en todo su radicalidad: la constatación de la existencia de poderes coloniales o de estrategias financieras imperiales no significa nada en la actualidad, sean éstos referidos a la Universidad o a cualquier otro órgano del Estado. El valor semántico en la comprensión

de la actualidad reside en la disquisición que los ambientes locales poseen respecto de este contexto genérico y global. Y allí hay también una paradoja: cuanto más localmente se cree comprender la relevancia de la globalización —y cómo la misma estaría afectando al espacio inmediato— menos en realidad se está desarrollando la dimensión local y más se aleja el ámbito local de la instrumentalidad y comercialización que afecta a la cultura planetaria actual.

Y esta reflexión nos deja en la puerta de otra me parece aún más interesante. Así como la Universidad, la policía es también una administración del Estado que se halla sujeta a la misma condición. Nunca en la historia cultural del Río de la Plata el poder de policía del Estado —eso que Weber (1922) consideraba como esencia misma del Estado en tanto “ejercicio legítimo y monopólico de la fuerza”— se halla tan diseminado, disfuncional y cuestionado. Y nuevamente no nos referimos aquí a una cuestión de corrupción o de brutalidad —tan presentes como ciertas— sino al hecho mucho más fundamental que la policía, en tanto instrumento administrativo del Estado, ha desaparecido. En la actualidad los poderes policíacos —federales o provinciales— operan con una autonomía nunca vista, no porque posean una ideología, un sentido de grupo o porque impongan un sentido de autoridad, por el contrario, su autonomía es una muestra de su propia debilidad: constituyen una instancia administrativa al gairete. Constatación ésta que produce un asombro increíble en el observador extranjero, debido a las peligrosas y violentas consecuencias que una tal situación puede generar. La *naturalidad* local con que esta situación se afronta, deja completamente alienado a dicho observador.

Y como nunca la *boutade* del militante anarquista Severino Di Giovanni (1901-1931) fue tan actual: hay que leer a los novelistas rusos

para entender la policía —y aquí policía claro está no significa *el* policía sino *la* policía en sentido administrativo. ¿Por qué? Porque la policía no es ya sólo un problema de represión o castigo sino algo mucho más grave y preocupante: la policía en sentido burocrático *está por todas partes*. Y nuevamente aquí es comprensible que autores europeos como Michel Foucault (1926-1984) o Paul Virilio (1935) fascinen a no pocos intelectuales y autores locales, por cuanto las explicaciones de éste último, por ejemplo, acerca de las consecuencias que el dominio visual posee en las sociedades post-industriales tiene innumerables reminiscencias con aquello que sucede en el ámbito local. La existencia de un film como *El bonaerense* (2002) de Pablo Trapero (1971) sólo es explicable en este contexto. El personaje principal de este film posee unas características que hubieran sido impensables de ser aceptadas en público hace 20 o 30 años: aquello que conduce a la administración policial es el crimen mismo —¿qué puede haber más parecido al Dostoievsky de Di Giovanni?— y *el policía de la película deja de ser policía porque no puede ser ya policía en sentido estricto*.

Y sin embargo aquí también asombra la solución que, en el mejor de los casos, pretenden aportar los políticos con un cierto sentido social demócrata de la administración: la cuestión policial debe ser reglada con la norma jurídica. Y como ejemplo ponen las normativas europeas y las sociedades europeas. Y sin embargo aquí existe otra paradoja: la organización jurídica europea no funciona como justificante último de la administración Estatal sino justamente al revés. La norma jurídica como elemento de control y contención sólo funciona cuando la administración se halla en pie y funcionando. Es la expectativa del individuo lo que justifica la norma, no al revés.

Y si traigo a colación esta cuestión policial es para mejor ilustrar otro aspecto en la evolución cultural reciente: lo que se asume por cultura

en el ámbito rioplatense actual es una suma de elementos administrativos cohesionados por un sentido policial de aquello que se entiende por conjunto. Los grupos literarios y los autores que se presentan como literatos me parecen un ejemplo casi perfecto de esta cuestión. Nunca la proliferación de editoriales literarias fue tan amplia como en el presente y sin embargo nunca la literatura tuvo menos poder simbólico y relevancia comunitaria. La broma de la canción de *Los Fabulosos Cadillacs* — “yo no quiero ser policía, quiero ser ladrón” — tiene en este sentido alcances inesperados. El ámbito literario local es mayormente un refugio para resentidos, de manera asimilar a como Harold Bloom (1930) (1994) describía los grupos literarios de críticos universitarios en los Estados Unidos en los años 80. La promiscuidad generalizada de críticos, profesores, editores y periodistas, travestida de necesidad pecuniaria, oculta un motivo mucho más remoto y menos literario: la pérdida de un centro de gravedad en el lenguaje, la radicalización de la *dimensión paratextual* como único recurso para implementar una significación de lo que se dice y escribe.

Por último, otro aspecto de la evolución cultural local, complementario de lo hasta ahora destacado, tiene que ver con una consideración *temporal*. El observador extranjero tiene la sensación que todo aquello que pasa o puede pasar en el ámbito local constituye *una promesa constante*. Es como si el presente nunca se efectivizara y, por ende, nunca generase cambios respecto de una situación original. Sin embargo, las condiciones culturales y sociales internacionales parecieran ir en la dirección opuesta. Y es aquí donde me parece ilustrativo el ejemplo de la administración Kirchner: *conocer* la dirección a seguir —incluso tener los planes y las personas adecuadas, en la hipotética eventualidad de que ello así fuera— no pareciera ser de gran utilidad para

un gobierno que ocupa —o se ve obligado a ocuparse— 2/3 de su tiempo a correcciones lingüísticas y de contenidos en los medios de comunicación. La negociación política de la actualidad en el Río de la Plata pasa hoy por hoy en los medios de comunicación, por ello no asombra la crisis local que todo principio de realidad plantea, así como tampoco la extendida incertidumbre acerca del sentido de acontecimiento o evento. La re-evaluación de los estudios coloniales entre los historiadores y las prolongadas discusiones sobre los usos de la memoria en el dominio de las ciencias sociales, me parecen asimismo dos ejemplos pertinentes de esta misma situación.

En paralelo con esta *temporalidad* existe asimismo, a los ojos del observador extranjero, un fuerte sentido de *centralidad*. El presente rioplatense —en el sentido antes expuesto— constantemente se postula como *centro de alguna cosa*. Y es esto aquello que también desconcierta al extranjero, en particular por la tendencia mundial donde los centros ideológicos, geográficos o económicos no sólo son móviles —situación que se puede incluso rastrear al colonialismo del siglo XVI— sino que son altamente variables y abstractos. Otra paradoja si se quiere, en donde locutores y enunciadores locales se sitúan al *centro de algo* en un contexto genérico y global donde la centralidad en estos términos no significa ya gran cosa. Nuevamente aquí la analogía con la situación de la administración encabezada por Kirchner me parece pertinente y posible. En su mayoría políticos y autores se refieren a la situación cultural, económica o política desde una posición *centralizada* que presume la existencia de una serie de posibilidades —en tanto “mundos alternativos”— ofrecidas por esa misma supuesta posición de centralidad. Claro que todo ello es *pretendido y ficticio*, puesto que la clase política actual no es capaz de narrar alternativa alguna (“mundo posible”) y los

autores o analistas involucrados en el presente nunca han realizado atisbos de construcción de paradigma alternativo alguno más allá de un ejercicio de repetición, de una disputa con los términos de referencia del pasado o de un recuento de lo que sucede en las Capitales del mundo occidental. ¿Qué hacer entonces cuando los locutores y autores suponen narraciones y precisiones conceptuales que no están en ninguna parte? —tal es la pregunta que el perplejo extranjero no deja de hacerse ante el presente estado de cosas. La ficción en este sentido no es una virtud epistémica sino un salto al vacío. La incongruencia entre una comunidad de pertenencia y otra diferente de referencia es una constante social y lingüística local, lo cual, por otra parte, nos conduce al asunto de los valores o valoraciones (*value*).

Que las diferencias se transforman en valores es algo que se ha constituido en un corolario de la vida urbana contemporánea. Desde una perspectiva social —y entre comunidades— esta situación se conoce ya desde el siglo XVI (véase por ejemplo Mignolo, 2000). Aquello que resulta novedoso en la actualidad es su generalización a todos los órdenes y actividades. Y en este sentido lo que resulta sorprendente en el Río de la Plata es el rechazo a aceptar los *resultados* que estos valores generan. Lyotard llamaba a esta situación —donde valores y diferencias se cruzan— el *diferendo* y lo situaba al centro de la problemática social y cultural contemporánea (véase Lyotard, 1983). Uno puede estar en relación conflictiva con algunas diferencias y, sin embargo, a partir de allí trabajar en relación con los valores. Tal es la propuesta de Lyotard —y de otros pensadores contemporáneos—: la construcción de la diferencia es aquello que vuelve los valores sociales e intelectuales actuales tan problemáticos. Sin embargo, la conducta más asocial —casi una anomia extrema— es pretender que la relación —el mecanismo— que vincula

diferencia y valores *no existe*. Justamente éste último es el caso a nuestro entender en el ámbito rioplatense. Y es esto aquello que tal vez permita explicar algunas particularidades locales en sentido *político-cultural*, como por ejemplo la disolución extrema de la noción de ideología, la banalización semántica del lenguaje público, la incapacidad de los actores sociales para establecer diagnósticos, la incertidumbre y debilidad frente a lo extranjero, la notoria emotiva inseguridad individual. E ideología no se refiere aquí a un concepto teórico sino a la ausencia de vínculo entre conductas públicas y pautas sociales y/o comunitarias, de igual manera que la banalización mencionada no se refiere al dominio corporativo e indiscutido de los medios de comunicación en la construcción de una vida pública sino, precisamente, a la falta de reconocimiento de tal suceso, y de manera semejante a cómo se confunde conocimiento con información y por ende todo análisis o diagnóstico se halla coartado. Tampoco la incertidumbre frente a lo “de afuera” se refiere aquí a una reducción comercial o de mercado sino a un aspecto central de la percepción local, de forma similar a cómo la mentada centrípeta condición de la personalidad imaginaria local no se reduce a un problema de egocentrismo incurable sino a una más simple y prosaica situación disfuncional de la percepción.

Como se sabe luego de los trabajos de Jean Piaget (1896 -1980) los niños constituyen su mundo físico —y el sentido de realidad— a partir de un mecanismo analógico que se basa en las *diferencias* de los objetos, cosas, personas y lenguajes. El niño *ve* diferencias, no semejanzas. Desarrollos posteriores del constructivismo radical han postulado que serios casos de psicosis, paranoia y autismo, por citar algunos ejemplos, se vincularían con una *reversión* de este proceso donde, en lugar de diferencias se persiguen semejanzas y por ello el sentido de realidad entra en crisis y el mundo en sentido físico no acaba de construirse —en

términos semánticos— del todo. Es así que surge el convencimiento que la materia y la realidad son la misma cosa. La cultura rioplatense actual me recuerda a esta *condición de reversión* en la formación de la subjetividad pero aplicada claro está a escala comunitaria. La existencia del otro —mejor dicho, de la otredad— sólo puede darse en un contexto tal donde es concebida como *semejanza*, como similitud a mi propia condición. La conversión de la cultura rioplatense al monolingüismo, no obstante la masiva y variada emigración reciente, constituye un ejemplo de este sentido de otredad. La ausencia de léxico o de experiencia enunciable para evaluar *lo desconocido* hace casi imposible la consideración de *borderline cases* o la existencia más allá de una frontera de sentido rígida y pre-establecida. Y he aquí otra paradoja: la aparente y evidente mundaneidad de la cultura política local —sea educativa, científica o administrativa— oculta en realidad un histórico *provincialismo*. La recurrencia temática a la “frontera”, a la idea de Sur, a la “zona de quintas”, al espacio de “la Quema”, etc., en la cultura local, no me parece para nada casual. Hasta el mismo Julio Cortázar (1914-1984) hablaba de los límites de las casas y J. L. Borges de las verjas y rejas como fronteras literarias y de conocimiento.

Y esta ausencia de léxico o ideario hacia lo ignoto o desconocido, que en su momento dio lugar a lo mejor de la literatura local,<sup>3</sup> aporta a una última paradoja: la crítica frecuente hacia un europeísmo u occidentalismo —y, más recientemente, hacia una “globalización”— cuanto más radical, más depende de perspectivas ampliamente desarrolladas en ámbitos culturales o académicos del llamado “mundo occidental” o “países centrales”. El hecho que los dichos de un observador extranjero sean tildados como “europeístas” u

---

<sup>3</sup> Recuérdese la temprana definición de Borges de la actividad literaria o ficticia: “Una artillería hacia lo invisible” (*El escritor argentino y la tradición*, 1928).



“occidentalista” —cuando es obvio que el autor extranjero eso es— en lugar de orientar el debate hacia una conceptualización local, más exponen la vacuidad de un ejercicio argumentativo donde una cierta *función fática* del intercambio lingüístico se constituye en el único y último propósito de intercambio.

Ante la pregunta de si existe algo llamado “cultura política rioplatense”, los analistas locales responden con lecturas de autores europeos y los autores literarios locales con noticias acerca de lo que sucede en las capitales del imperio, pocos responden con fundamentaciones acerca del voto, con declaraciones acerca de la civilidad o con planteos iluministas de gobierno. Y mientras que la mayoría de la población es silenciosa acerca de estos temas, cuando las circunstancias lo requieren, los políticos locales responden aunándose en una folklórica apología de color local: “Conmigo o sinmigo” (Herminio Iglesias, 1983). Claro que esta apología posee muchas versiones, sin embargo, todas recurren a un mismo sentido de cultura política o, dicho más correctamente, del sentido cultural de lo político:

De adularse cada cual su propia personalidad, se alcanza cierta conciencia de actor que se mima a sí mismo sin advertirlo, a cierta maestría de estilista que se imita sin quererlo. Conviértese el mundo en un ombligo cuya contemplación explica la variedad de los destinos ajenos por los métodos del mesmerismo. Pasión, franqueza, arrebató, exaltación hacia las alturas diáfanas, se traban en gestos automáticos de precaución, y lo que acaba funcionando es el muñeco de la escondida personalidad, en escena y entretelones. El ‘hombre a la defensiva’, el ‘ser reptiliano’, el ‘gaucho ladino’, son inveteradas formas de mimarse convertidas en hábitos vitales; algo así como una impostación de conservatorio sobre el registro normal de laringe. Pueden los peligros ser de tal naturaleza que sólo esté comprometida la parte vestuario del yo, su rostro escénico, y entonces el actor teme al ridículo gesticulando en solemne papel. El ‘narcisismo’ tiene también un aspecto distinto del gozo ufano de verse

vivir: el temor de verse descubierto. La satisfacción de sí que demuestra *prima facie* es un exagerado miedo a darse vuelta. (Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, 1933)

Ante la pregunta de si existe algo llamado “cultura rioplatense” el extranjero se siente tentado a decir que sí, pero por razones, motivos y argumentos que tal vez difieren de la perspectiva local. La cultura que genera lo político, en sentido Estatal como financiero, en el Río de la Plata como en el resto del planeta, aúna los trajes y los dichos, la vestimenta y la letra, la policía y la Universidad, los riojanos y los patagónicos, aunque no quieran sus partícipes. Combatir dicha situación semiótica, por llamarle de alguna manera, es perder el tiempo, eternizarse en la nada, como diría Remo Erdosain, mirarse el ombligo como dice Martínez Estrada, o simplemente mentir a sabiendas. De lo que se trata, en la Universidad y en policía, en la administración del Estado como en el mercado de valores, es de observar quién y cómo es capaz de combinar vestidos y palabras, administración y sentido de autoridad, evaluación financiera y perspectiva cultural. ¿Cuántos autores o actores sociales son capaces de hablar en varias lenguas y valerse de varias culturas? Esta simple pregunta me parece encierra una demanda de cambio mínima pero una vía también de supervivencia eficaz y comprensible. Y regreso entonces a la pregunta, ¿dónde está la administración de Kirchner, en la historia local, respecto de la de Juárez Celman o Perón? No es una cuestión de historiografía, es de poner el presente en perspectiva o, mejor dicho, de buscar un sentido local al devenir caótico y mediático del presente. La pregunta es sólo una excusa, claro está, pero si no la hacen los autores y analistas locales, nadie fuera del Río de la Plata tiene interés en hacerla. Esto es lo que refiere Martínez Estrada como “miedo a darse vuelta”: ¿Qué hacer cuando nadie se ocupa de nosotros?. Una frase

memorable de Arlt, referida al Rufián Melancólico, lo define aún mejor: “Se dio vuelta y adivinó la nada” (Arlt, *Los siete locos*).

## Referencias

- Arlt, Roberto. *Los siete locos* (Madrid: Cátedra, 1997).
- Aron, Raymond. *Introduction à la philosophie politique: Démocratie et révolution* (Paris: LGF, 1997).
- Badiou, Alain. *L'Être et l'Événement* (Paris: Seuil, 1988).
- Badiou, Alain. *Philosophy and Its Conditions* (Albany: State University of New York Press, 2005).
- Bloom, Harold. *The Western Canon* (1994)
- Canetti, Elias. *Masse und Macht* (Hamburg, 1960..).
- De Ipola, Emilio. “Política y Estado”, en *Argumentos. Revista electrónica de crítica social*, diciembre 2003, argumentos.fsoc.uba.ar.
- Landi, Oscar. “Hay que rehacer una identidad”, en *La Nación*, 27 enero 2002, www.lanacion.com.
- Lyotard, Jean-François. *Le Différend* (Paris: Minuit, 1983).
- Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (Madrid: Archivos, 1996).
- Mignolo, Walter. 2000
- Negri, Antonio/Hardt, Michael. *Empire* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2000).
- Portantiero, J. C./Nun, J, eds. *Ensayos sobre la transición democrática* (Buenos Aires, 1987)
- O'Donnell, Mario. *El Estado burocrático autoritario* (1982)

- Oslack, Oscar. *La formación del Estado argentino* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1985).
- Portantiero, Juan Carlos. “Los desafíos de la democracia”, en *Todavía*, septiembre 2002, [www.revistatodavia.com.ar](http://www.revistatodavia.com.ar).
- Rifkin, Jeremy. *The End of Work* (New York: Tarcher, 1996).
- Rorty, Richard. *Contingency, Irony, and Solidarity* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989).
- Rorty, Richard. *Philosophy as Cultural Politics* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007).
- Strauss, Leo. *What is Political Philosophy?* (Chicago: Chicago University Press, 1988). The original edition is from 1959.
- Strauss, L./Cropsey, J., eds. *History of Political Philosophy* (Chicago: Chicago University Press, 1987). Edición a cargo de Gabriel Riera.
- Virno, Paolo. *Mondanità. L'idea di 'mondo' tra esperienza sensibile e sfera pubblica* (Roma: Manifestolibri, 1994).
- Virno, Paolo. *Il ricordo del presente. Saggio sul tempo storico* (Torino: Bollati Boringhieri, 1999).
- Weber, Max. *Economía y sociedad*, 1922.